

Lo primero que percibió Deyanira al entrar esa noche al garaje fue que Valeria ya estaba en casa. Su auto, un Jetta gris, ya permanecía aparcado.

—¡Ya vine! —gritó a un volumen suficiente para hacerse escuchar dondequiera que estuviese su amiga mientras se descalzó las botas.

—¡Estoy en la cocina! —le respondió Valeria.

Deyanira colocó su casco en el perchero, dejó la mochila que traía colgando al hombro sobre la mesa del comedor, y se dirigió a la cocina al mismo tiempo que se desanudaba el paliacate que llevaba amarrado en la cabeza, luego se soltó el cabello que traía sujeto en una cola de caballo.

—Llegaste temprano —mencionó al entrar.

—Sí. A las seis mandé a todos al diablo y me vine. Estaba muy cansada.

—¿Desde las seis? ¿Y qué has hecho desde entonces, floja?

—Llegué aquí casi a las ocho. Estoy viendo una película que pasé a rentar. ¿Tú gustas? —le preguntó refiriéndose a la ensalada de lechuga con jitomate y zanahoria rallada que aliñaba en un refractario.

—No, gracias —observó Deyanira el platillo con mal gesto—. Prefiero hacerme un sándwich con papas fritas.

—Algún día vas a estar tan obesa que no vas a poder caminar.

—Te da envidia porque yo no necesito hacer dietas ni comer hierbas para estar delgada.

Valeria sonrió. Era cierto.

Mientras prepararon sus respectivas cenas continuaron charlando del cómo les había ido durante el día.

Valeria Estrada era una linda chica de ojos azules, alta y esbelta. Todos los días se levantaba a las cinco de la mañana para ejercitarse por casi dos horas enteras, de hecho, la tercera recámara de la casa la habían acondicionado para satisfacer las aficiones de ambas. Valeria había utilizado su mitad con un pequeño gimnasio casero mientras que Deyanira había colocado al otro extremo una estantería que rebosaba libros junto a un sofá que comúnmente utilizaba para leer y estudiar.

Valeria y Deyanira eran tan diferentes que cualquiera pensaría que no podrían congeniar, mientras una era amante de la belleza y el ejercicio la otra lo era de la historia y el estudio, sin embargo, ellas pensaban que precisamente el ser tan desiguales era lo que las había llegado a unir tanto. El secreto desde el principio había sido respetar la singularidad de cada una, incluso, con el paso de los años, habían logrado involucrarse una con los gustos de la otra. A estas alturas ya no era extraño que de vez en vez Valeria terminara de oyente mientras Deyanira le elucidaba sobre la caída de Constantinopla o le instruyera con una cátedra acerca de la guerra de los Cien Años, de la misma forma, Deyanira podía pasar un par de horas dejándose maquillar como modelo mientras Valeria la aleccionaba acerca de cómo una mujer puede mantener un cutis bien hidratado. Eso sí, Deyanira podía dejar que su amiga le hiciera rizos o le alaciara el cabello, o incluso había dejado que le pusiera uñas postizas, pero jamás se había dejado convencer para levantarse a las cinco de la mañana a hacer ejercicio. Una vez que terminaron de preparar sus alimentos se dirigieron a la sala, pero al pasar por el comedor, Valeria comentó:

—Ah, por cierto, te llegó ese sobre. Estaba tirado en el patio de enfrente.

Deyanira traía las manos ocupadas con su plato y un refresco de cola, y para verlo tuvo que dejarlos encima de la mesa. El sobre venía dirigido a ella, aunque no le vio facha de ser correspondencia

de la universidad donde trabajaba o que viniera de alguien conocido; era un sobre manila tamaño oficio que guardaba algo en su interior, y no tenía remitente.

—¿Qué es esto?

El tono que utilizó provocó que Valeria le prestara atención a tal grado de atraerla de nueva cuenta a su lado.

—¿Qué es qué?

De dentro del sobre, Deyanira sacó una especie de tubo cilíndrico elaborado rústicamente con piel de animal. Rápidamente dedujo que aquel singular objeto era un portadocumentos. Tomó uno de los extremos, lo abrió, y extrajo un rollo de papel muy grueso color adobo. Tenía los bordes carcomidos y su tamaño era superior al de una carta. Deyanira tuvo la certeza al verlo que aquella lámina era original, lo cual, la hacía muy antigua. El rollo estaba sellado con cera verde y tenía impreso el sello real de Francia que se utilizó a fines del siglo XII.

—¿De dónde diablos salió esto? —preguntó Deyanira.

—No tengo idea. Lo han de haber lanzado desde la reja. ¿No trae remitente?

—No trae nada.

—Pues ábrelo, mujer —expresó con desespero.

Desprendió la cera adherida con meticulosidad para no romper el papel en un descuido. Al desenrollarlo miró que el mensaje estaba escrito a mano con una tipografía utilizada en el primer periodo de la Edad Media. Su vista y la de Val se fijaron en el texto que sólo caligrafiaba una dirección de Israel, debajo de ésta se apreciaba una fecha precisa y luego resaltaba la palabra “Personal”. Al final había dos letras en representación de firma. Una “H” y una “D”.

—¿Qué significa esto?

—No tengo ni la más remota idea —le respondió a Valeria.

—¿Jerusalén? ¿Esperan que vayas a Jerusalén?

Deyanira releyó en silencio la misiva por lo menos cinco veces

más intentando hallarle algún sentido, o quizá algún mensaje oculto a algo que le resultaba del todo incomprensible. Luego se le ocurrió mirar de nuevo el sobre manila. Dentro encontró un boleto de avión a su nombre con destino a Israel.

—Pues, supongo que quien lo mandó eso es lo que espera —dijo mostrándoselo.

—Esto es una burla. Alguien te está gastando una broma.

—No me huele a broma, Val. Esto es costoso para tratarse de un chiste —declaró tomando la pieza cilíndrica—. ¿Sabes a qué época pertenece un objeto como éste? Estos portapergaminos de cuero se utilizaron hace siglos. No dudo que hasta sea de colección. Y este sello de cera se utilizó en Francia en el siglo XII. Ya no hablemos de este papel, te podría jurar que es un pergamino genuino.

Val reconsideró la explicación y se atrevió a preguntar:

—¿Qué es para ti un pergamino genuino, Dey?

—Piel de res.

Valeria frunció su rostro con repulsión, pero Deyanira ni siquiera se tomó la molestia de mirarla. En su mente podía contemplar el incómodo rostro de su amiga.

—Estas cosas son costosas y excéntricas para tratarse de una simple broma.

—¿HD, te suena familiar? —preguntó Valeria refiriéndose a las dos iniciales que firmaban la misiva. Dey lo negó.

Ambas amigas se cansaron de indagar sobre quién podría ser el emisor de aquel envío o por qué le mandaban algo así y para qué, pero ninguna de las preguntas que se formularon las pudieron responder. Abatidas de tanto pensar, a Valeria se le ocurrió proponer una última instancia.

—¿Y Eduardo, Dey?

Para ese entonces ya permanecían sentadas en la sala después de elucubrar durante una hora la procedencia del paquete incierto. El nuevo candidato provocó que Deyanira le mirara de frente.

—¿Eduardo? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Eduardo es un tipo adinerado, por no decir millonario, que sería un mejor calificativo. Él bien pudo haber conseguido todo esto para mandártelo sabiendo lo fanática que eres tú con estos... menesteres históricos. ¿Sigues en Europa?

—Sí —afirmó cavilando en esa posibilidad, aunque francamente le resultaba absurda—, pero Eduardo no haría algo así.

—Está enamorado de ti, Dey. ¿Qué no hace el amor?

—En primera instancia, no está enamorado de mí. Y en segunda, creo que Eduardo está en algún lugar de Grecia, y Grecia no tiene nada que ver con Israel.

—Si no puedo afirmar contundentemente que sigue enamorado por lo menos sí puedo atestiguar que todavía anda chiflado por ti. Y en segunda, no creo que sepas en realidad dónde está. ¿Hace cuánto que no lo ves? ¿Tres, cuatro meses? Nadie te puede asegurar que no ande por Israel. Ese tipo cambia de país como si cambiara de pantalones.

—No, Val, esto no me suena a él —declaró pensativa— ¿Por qué haría algo así?

—Para volver contigo.

—Oh, por favor. Eso pasó hace mucho tiempo, amiga, y cuando terminamos fue definitivo.

—Para ti lo fue, pero no para él. Eduardo te adora, Dey, y estoy segura que haría cualquier cosa por volver contigo.

—No son sus iniciales.

—Quizá no puso las tuyas para que no sospecharas, porque sabe, que si tú sabes, que se trata de él, no irás, te conoce muy bien, Dey. De hecho, me quito el sombrero por tal maniobra. Sabe perfectamente lo curiosa, obsesiva y aventurera que eres.

—Eduardo... —repitió Deyanira su nombre echando la cabeza hacia atrás para recargarla en el cabezal del sillón tratando de razonar como él, pero definitivamente no le pareció un método que utilizara para conquistarla nuevamente—. No, Val, no me huele a

Eduardo, no va con él hacer estas cosas. ¿De dónde podría haber sacado todo esto?

—No lo sé. Está en Europa, ¿no dices? Según tú, ése es un sello antiguo de Francia. Bien pudo haber conseguido todos estos objetos en algún bazar de antigüedades. Para un tipo adinerado como Eduardo, nada es imposible, amiga.

Deyanira no logró pegar los ojos esa noche pensando en la dichosa misiva y al siguiente día estuvo distraída mientras impartió sus clases. Las últimas dos horas le parecieron eternas, y al salir del campus en su motocicleta, una CBR 600, tomó un rumbo preciso: la residencia Del Villar.

—¿Qué opinas? —le cuestionó a Gina después de mostrarle el portapergamino junto con el mensaje. Ella lo observó minuciosamente bajo las grandes gafas de aumento que se había calado en la nariz.

—¿Cómo dices que te llegó?

—Valeria lo encontró tirado en el patio.

—¿Y ya verificaste que el boleto sea auténtico?

—¿No crees que lo sea?

—Todo esto puede ser pura charlatanería —y tomando su teléfono intercomunicador color marfil pulsó un botón para llamar a su secretaria.

Georgina Del Villar era la propietaria de una ostentosa residencia en el Pedregal, una de las mejores colonias tradicionales del Distrito Federal. La había heredado de sus padres en conjunto con una cuantiosa fortuna, y su acomodada condición le había permitido dedicarse toda su vida a sus intereses sin ningún tipo de preocupación económica.

Lupita Martínez, una mujer de unos treinta y cinco años, de porte elegante y una dinámica personalidad, entró al despacho de Gina.

—Dígame, señora.

—Verifícame este boleto con la aerolínea, por favor.

Lupita salió del despacho que Gina mantenía casi intacto de

como lo había dejado su difunto padre. Aún tenía enmarcado su recuerdo en ese lugar. Cuanto mucho había cambiado algunas fotografías de los portarretratos que adornaban la repisa de mármol de la chimenea, sustituyendo las de su progenitor, por unas de ella misma al lado de celebridades, monarcas extranjeros, presidentes o ases del deporte a quienes había entrevistado o conocido debido a su vasta e impresionante carrera de periodista, y por supuesto, no podían faltar un par de fotos al lado de su único hijo.

Deyanira miró la expresión de Gina cuando ésta tomó por segunda ocasión el pergamino para releerlo concienzudamente.

—Val cree que se trata de Eduardo —declaró volviéndose hacia la chimenea mientras pasaba su mirada por una de las fotografías donde él aparecía.

No se inmutó. Parecía no asombrarle la declaración, pero Deyanira no se atrevió a decir más hasta que Gina se volvió hacia ella después de quitarse los lentes de lectura para dejarlos sobre el escritorio.

—¿Eduardo?

—Bueno, en realidad no sólo lo cree. Está segura que se trata de él.

—¿Y tú qué piensas?

—La verdad a mí no me lo parece —respondió remisa—. ¿Qué opinas tú?

—Que no es su estilo —aseguró convincente—. Tú lo conoces y sabes que mi hijo está negado a toda antigüedad y a cuanto historia se refiere. La verdad no creo que haya algo, o alguien —especificó esta palabra—, que lo incite a adentrarse en todo esto, ni siquiera tú. Además, ¿para qué te querría en Israel? Jerusalén es una ciudad sin el menor interés ni atractivo turístico para él. Eduardo es un niño rico, Dey. De querer llamarte para estar contigo te hubiera citado en algún paradisíaco o romántico lugar de Europa, ¿no lo crees?

Dey consintió a la deducción de su mentora desechando la ligera duda que Valeria había logrado sembrarle. Gina se puso de

pie rodeando el escritorio para acomodarse en un sillón de ante que decoraba la sala de estar.

—¿Qué crees que sea entonces? —insistió Deyanira.

Gina lo pensó unos segundos antes de responder:

—No lo sé, Dey, es muy extraño.

En ese momento entró de nuevo Lupita al despacho con el boleto en la mano.

—Ya hablé a la aerolínea, señora, y todo está en orden.

Gina, que veía a su empleada, cambió el rumbo de su mirada hacia Dey, encontrándose con la suya.

—Gracias. Puedes retirarte —concluyó con su empleada. Ésta se marchó.

—¿Quién puede gastar tanto dinero en un viaje tan largo para mí?

—Yo más bien me preguntaría... ¿para qué te quieren allá?

Las dos hicieron un breve pero insondable silencio, que segundos después, Dey quebrantó al cuestionar:

—¿Tú irías, Gina?

—Yo soy periodista, Dey, y además tengo casi cincuenta y cinco años. Tu situación y la mía son muy divergentes —y la dejó meditarlo unos instantes antes de preguntar—. ¿Irás?

—No lo sé —le respondió titubeante—. No lo sé. Necesito pensarlo.

Deyanira estaba segura que de decirle que sí, Gina era capaz de hacer en ese mismo momento una reservación de vuelo para acompañarla, lo había visto en su mirada, la incertidumbre era un detonante en la sangre para personas osadas como ellas, pero si estaba dispuesta a llevar a cabo aquella odisea era algo que deseaba hacer sola, no sabía ni por qué, ni para qué, ni con quién iba, sólo que a su insípida vida la acababan de condimentar con un poco de pimienta. El caso no dejaba de ser peligroso, pero también era excitante.



Deyanira continuó con su vida aparentemente normal, e incluso, desestimando la idea de ir ante Gina y Valeria. Toda la semana impartió sus clases en la universidad y asistió a su grupo de estudio conformado por un provecto trío de eruditos que gozaba de una amistad ancestral, y del cual, Gina formaba parte. Tanto los dos catedráticos como Gina, se reunían dos tardes por semana desde hacía varios años para compartir sus conocimientos y experiencias. Los tres le doblaban la edad a Deyanira, pero dichas charlas vespertinas se habían convertido en un incalculable tesoro de experiencias y conocimientos que podían contribuir a enriquecer su profesión de historiadora. Gracias a su mentora, Dey se había integrado a este grupo al cual le encantaba asistir.

Y faltando sólo un día para la fecha de salida programada en el boleto le informó únicamente a Valeria acerca de sus planes.

—Pero creí que habías decidido no ir, Dey —le reclamó.

—Lo pensé, Valeria, pero la verdad la curiosidad me está matando.

—¿La curiosidad? ¿Y qué tal si ese fulano llamado HD es un maniático psicópata que quiere divertirse contigo?

Dey sonrió.

—¿Y qué maniático psicópata vive del otro lado del mundo y me conoce?

—Pues tan bien te conoce que ha sabido cómo manejarte. Y yo no dije que viviera del otro lado del mundo, Dey; puede que sea uno de tus degenerados alumnos millonarios que te ve a diario en la Ibero, puede ser que te esté acechando ahorita mismo, y puede ser que te haya mandado ese boleto de avión y vuele contigo sin que tú te des cuenta sólo para tenerte lejos y hacer de ti y contigo lo que se le antoje.

Tras este comentario Dey incluso frunció el ceño de su frente.

—Valeria, ¿quieres dejar de actuar como una paranoica, por

favor? No tengo a ningún psicópata degenerado como alumno.

—Créeme, amiga, eso es algo que nunca sabrías.

—Tu cabeza ya divaga de tantas noticias amarillas y reportajes sensacionalistas que haces.

—No puedes negarlo, Dey. Vivimos en un mundo trastornado, y lo que tú vas a hacer es una reverenda locura; aunque debería cambiar la palabra por una “estupidez”.

—Tengo que ir, Val, y nada de lo que digas me va a detener.

Valeria declinó un poco la cabeza en actitud reflexiva, y concluyendo que no la haría cambiar de opinión optó por otro camino.

—De acuerdo. Tengo algo de dinero en el banco, creo que puede alcanzarme para un viaje de esa magnitud.

A Dey le enterneció escucharla, más que nada por saber lo que implicaba tal ofrecimiento.

—Val, yo ya pedí permiso en la universidad, tú tienes trabajo, no es un viaje de dos o tres días.

—Lo sé, lo sé, pero no puedes dejarme aquí angustiada elucubrando con lo que pueda pasar contigo.

—¿De cuándo acá te has vuelto tan sobreprotectora?

—Deyanira, estás hablando de Israel. Dios, no hay sitio en el mundo más conflictivo que el oriente medio —expresó con desespero—. Estás hablando de un lugar donde la mujer todavía es tratada como una...

—Soy turista —la interrumpió.

—No importa, es absurdo...

—Estaré en contacto contigo. Te lo prometo —la interrumpió ahora ella tomándola de los hombros y mirándola a los ojos—. Todos los días, Val. Día con día te llamaré para decirte cómo estoy. Te lo juro —y levantó su mano derecha extendida como signo de promesa.

Valeria se le quedó mirando un par de segundos.

—¿Y el día que no me hables? —preguntó dudosa, aunque cediendo un poco a la posibilidad de dejarla ir a ella sola.

—El día que no te hable será porque ya estoy aquí en México de regreso.

Valeria la abrazó con fuerza.

Deyanira sabía que en su posición la situación ameritaba exaltación por la emocionante aventura que estaba por emprender, pero comprendía a la perfección que, en el lugar de su amiga, esa misma situación fuera tan angustiosa.

—¿Gina lo sabe? —preguntó Valeria.

—No.

—Seguramente va a llamar cuando no vayas a tus tardes de estudio la semana que entra. ¿Qué le voy a decir?

—Que a última hora cambié de opinión y me fui.

Valeria la miró con unos ojos dulces y a la vez molestos.

—¿Estás segura que sabes lo que estás haciendo, Deyanira Beltrán?

—Sí, Val —respondió convencida—. Sí lo estoy.



Al día siguiente muy temprano Dey ya se encontraba en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México esperando que diese la hora para abordar su avión hacia Nueva York donde estuvo seis horas matando el tiempo hasta emprender el siguiente viaje con destino a Madrid y arribar por último en el Ben Gurion de Tel Aviv. Quizá para asiduos turistas las horas de espera y los cambios de horario resulte agobiante, pero para Dey, que tales circunstancias la llevaban a salir de la monótona retahíla a la que estaba acostumbrada a vivir en la ciudad de México, todo este asunto aeroportuario le resultaba hasta placentero.

Del aeropuerto llegó a Jerusalén en un autobús casi para dar las cinco de la tarde, y se sintió ligeramente nerviosa cuando al bajarse le dio al chofer del taxi la dirección que ya traía escrita en un

papel. Mientras el auto cruzaba la ciudad no podía dejar de pensar con quién se encontraría al llegar al sitio indicado. No tenía idea de por dónde, o hacia dónde iba, hasta que veinte minutos después el coche se detuvo en una zona céntrica. Volteó hacia ambos lados de la avenida esperando visualizar el lugar de su cita, y ante sus cabeceos, el taxista le indicó un edificio del lado derecho como el sitio señalado en la dirección. Se apeó agradeciendo el servicio.

Dey permaneció un par de minutos observando el inmueble que, aunque fuese antiguo, estaba perfectamente remodelado. Con las manos ligeramente sudadas subió los siete escalones que la guiaron hasta las puertas giratorias principales y entró al lugar suponiendo encontrar a alguien.

En la espaciosa estancia había tres sillones dispuestos como sala de espera. Le hacían conjunto un juego de cuatro mesas de cristal colocadas en distintos ángulos y acicaladas con algunas estatuillas de cerámica o con arreglos florales que le daban a la estancia un aspecto pomposo. Desperdigadas en los rincones más distantes había dos o tres lámparas de piso con sus tulipas de tela gruesa en tonos verdosos, y al fondo, había instalado un gran mueble de madera tallada y una gaveta empotrada en la pared con diversos entrepaños cuadrados en los cuales había dos llaves por espacio. El mobiliario le hizo reconocer a Deyanira que se encontraba en la recepción de un lujoso hotel de Jerusalén.

El lugar permanecía vacío a excepción del recepcionista que leía entretenido un periódico local sentado detrás del mostrador. “Quizá no sea adentro donde me esperan”, pensó, y decidida volvió a salir del edificio y se sentó en las escaleras del pórtico en un intento por ver a alguien conocido, o por lo menos, ver a alguien a quien se le viera facha de estar esperando a otro alguien, pero no había nada ni nadie.

Fue después de hora y media de estar sentada en las escalinatas que lo razonó. ¿Por qué había atravesado la mitad del planeta por una

cita que en esos momentos le parecía un disparate? Valeria tenía razón, y se sintió idiota por haberse dejado llevar por algo sin fundamento.

—Maldición. Debo estar loca.

Para no tachar el viaje de ridículo lo único que le quedaba era aprovecharlo. Decidió entonces conocer Jerusalén y sus alrededores al día siguiente, y si ya estaba al pie de un hotel era una tontería aventurarse por la ciudad buscando otro.

Entró de nuevo y se dirigió al recepcionista que continuaba sentado en el mismo sitio para pedirle una habitación mientras sacó dinero de su cartera que ya había cambiado a shekels en el aeropuerto. A pesar de no hablar el mismo idioma, el recepcionista y Deyanira lograron entenderse con facilidad, y cuando éste le preguntó su nombre para transcribirlo en la ficha de registro ella lo silabeó de manera lenta y precisa.

—De—ya—ni—ra Bel—trán. Beltrán. Deyanira Beltrán —le repitió más fluido, pero más tardó en acabar de repetirlo que el recepcionista en dedicarle una mirada gélida, podía ser incluso... temerosa.

Dey titubeó al sentirse casi un fantasma. ¿Por qué podría mirarla con esa expresión de espanto?

Inmediatamente el meritorio guardó la ficha de registro que había sacado y tomó vertiginosamente una llave que estaba ubicada en el interior de una de las cuatro casillas superiores de la gaveta.

—Eh... ¿Pasa algo? ¿Por qué guarda sus cosas? Necesita registrarme, ¿no?

El sujeto comenzó a hablar mucho más rápido de lo común, Dey suponía que le estaba explicando lo que sucedía, pero lógicamente ella no captó palabra. Para su sorpresa le devolvió el dinero que ya le había dado para el alquiler del cuarto y tomando su maleta la acompañó con paso veloz hasta las escalinatas que subió de dos en dos. Con esfuerzo Dey lo siguió por detrás hasta el quinto piso: el piso de las suites.

Recorriendo el amplio pasillo el recepcionista metió la llave en el pomo de la segunda puerta del lado izquierdo. Sus movimientos

eran torpes debido a la presteza e incluso Dey pudo notar que su mano temblaba. Intentó abrir sin lograrlo, y entonces comprobó que la llave tenía marcado un signo pequeño distinto al que tenía labrado la puerta. Después de parlotear otras palabras se retiró por el mismo pasillo dejando la maleta en el suelo. Deyanira comprendió que se había equivocado de llave.

Mientras el recepcionista no estuvo, la joven se dedicó a caminar lentamente por el corredor observando cada detalle de la decoración, al cabo de unos minutos el encargado volvió, no obstante, continuó con sus movimientos torpes cuando abrió. Deyanira quedó boquiabierta de la impresión. Esa habitación era demasiado grande, demasiado lujosa, e indudablemente, demasiado costosa también.

—Eh... disculpe... pero, creo que... ha habido un error. Yo... yo no puedo pagar esto, será mejor que no la ocupe y me reti... — pero al volverse se dio cuenta que el recepcionista ya se había marchado, que había dejado la maleta junto a la puerta, que ya permanecía cerrada, y que las llaves de la suite yacían sobre una mesilla.

La habitación robaba la atención en todos los sentidos, empezando por la enorme cama que rebosaba cojines de diversos tamaños y forros. En el extremo izquierdo había una sala de estar, y al lado, una cantina con incontables botellas de vino. Los muebles de caoba hacían un contraste perfecto con el guinda de la decoración. El baño, de igual forma, era bastante amplio y estaba decorado en tonos rosados con dorado, lo cual lo hacía verse más suntuoso. Dey se sintió abrumada de sólo pensar lo que podía costarle hacer uso de ese jacuzzi, que para su gusto, parecía casi una pequeña alberca adentro de un baño. Hacia el otro extremo, un magnificante juego de jardín con seis sillones individuales estaba dispuesto a manera de comedor en la terraza, y desde ahí podía apreciarse la mejor vista panorámica de la ciudad de Jerusalén.

—Ojalá pudiera pagar algo así —suspiró mientras el viento de los cinco pisos de altura le rozaba la cara.

Convencida de que no podía darse tal lujo regresó al lobby para aclarar el malentendido, sin embargo, la recepción estaba vacía; sin remedio se sentó a esperar al encargado en la sala de estar donde estuvo por casi una hora completa hojeando revistas con textos ininteligibles para ella. Curiosamente en todo ese tiempo no vio a nadie más.

—¿Qué clase de hotel es éste? ¿Qué acaso los huéspedes que se alojan aquí no requieren atenciones?

Desesperada optó por no desaprovechar tan preciada oportunidad que tenía de conocer la ciudad de Jerusalén, y tomando su bolso y un taxi, decidió finalmente empezar a actuar como una verdadera turista.

Fue una odisea poder comprender y darse a entender con la gente de ese país, pero gracias a esa incapacidad se dio cuenta de que el lenguaje a señas era magnífico. Dey terminó el día cenando en un restaurante cercano a su hotel que el gentil taxista le había recomendado. Una vez sentada en su mesa se arriesgó a elegir de la carta un platillo al azar, y al cabo de unos minutos el mesero colocó frente a ella un pan árabe henchido de un relleno que tenía un agradable sabor. Luego de cenar se dedicó a caminar por las calles de Jerusalén admirando la ciudad de noche y escuchando conversaciones de la gente que le resultaban del todo incomprensibles.

Cuando volvió de nuevo al hotel albergaba la esperanza de ahora sí poder hablar con el recepcionista acerca de la equivocación de la suite confiando que hubiese habitaciones menos costosas, pero una vez más no hubo nadie. Acercándose a la barra llamó un par de veces con la campanilla. Nadie asistió. “¿Cómo es posible que haya tanta ineficiencia en este lugar?”

Al abrirse las puertas del elevador en el quinto piso no pasó por alto que en el pasillo había un hombre parado frente a una puerta de la suite previa a la suya, intentaba abrirla con una llave. Deyanira atravesó el corredor caminando a paso lento, tiempo suficiente para que él hubiese podido entrar, sin embargo, al pasar a

su lado, se dio cuenta que el tipo forcejeaba con la llave metida en la chapa.

—¡Rayos! —alcanzó a escuchar la protesta del sujeto.

Fue precisamente el hecho de comprender su expresión en inglés lo que la hizo voltear a verlo, llevaba todo el día escuchando hablar a la gente sin entender palabra alguna.

El tipo que forcejeaba con la cerradura sintió la mirada de la mujer que iba cruzando el pasillo justo detrás de él, y su contrariada situación lo llevó a voltear hacia ella con una mueca apenada.

—Em... Lo siento. Es mi habitación, pero esta llave no quiere abrir la puerta.

La mente de Dey trabajó rápido al deducir que ese tipo estaba suponiendo que ella lo estaba confundiendo con un ladronzuelo dedicado a robarles a los turistas. Definitivamente su aspecto no era el de un ladrón.

—El número —le dijo como respuesta. El hombre la miró con un signo de interrogación pintado en el rostro. Dey tuvo que ser más explícita—. Bueno, no sé si sea un número, pero la llave trae marcado un símbolo que debe coincidir con el de la puerta.

El tipo, que tenía toda la facha de árabe, observó primero la llave para luego llevar su mirada hacia su puerta, entonces exclamó incrédulo:

—Dios, qué estúpido... —y se volvió de nuevo hacia Dey con un gesto que conciliaba al mismo tiempo alivio y torpeza—. Llave equivocada —declaró mostrándosela—. Creo que me la dieron mal en recepción.

Dey le sonrió.

—Pasé por algo semejante hace un rato. La persona de recepción es algo... distraída.

Él también sonrió ante aquella observación, y sintiéndose algo incómodo por continuar delante de ella y no tener nada más de qué hablar, agregó:

—Bueno, voy a cambiarla.

—No hay nadie en recepción. Vengo de ahí.

—¿De verdad? —preguntó con extrañeza—. Yo también estuve abajo hace un momento y me atendió un joven recepcionista.

—Oh... —se quedó meditándolo un segundo—. Creo que debo deducir con ello que entonces tú tienes más suerte que yo. Van dos veces que voy a buscar a alguien y no encuentro quien me atienda. —Dey casi estaba segura que el tipo le ofrecería bajar juntos a recepción, pero sin dar opción a nada, e ignorando la causa por la cual le nació hacerlo, le dio por alardear un poco—. Pero ya es un poco tarde, creo que aguardaré hasta mañana para arreglar mi asunto, prefiero irme a descansar a mi suite —y señaló hacia el fondo del pasillo.

Él asintió, y sin más qué decir se encaminó hacia el lado contrario de donde Dey señalaba, pero al cabo de unos pasos se volvió de nuevo hacia ella.

—Ah, disculpa, no te di las gracias.

—De nada —le devolvió Dey cortésmente.

Ni siquiera Dey hubiese podido negar la apostura del tipo. Ojos pestañeantes y de mirada profunda. Llevaba una barba de candado bien afeitada y un pequeño bigote que lo hacía verse muy interesante. Pocas veces eran las que a Deyanira le había robado la mirada un chico, y aunque lo disimuló de buena forma, su mirada se deleitó al verle por última vez mientras él atravesó el corredor para perderse de vista cuando bajó las escaleras.

Ya en su habitación se dispuso a descansar después de las febriles horas vividas últimamente. Sabía que tenía que arreglar el asunto de la suite, pero cavilando en ello, recostada en la cama, se le vino una alocada idea al pensamiento.

—Bueno, ¿cuánto puede costar una noche en una suite como ésta? —se irguió sobre sus codos y la contempló detenidamente.

Era indescriptible la sensación que experimentaba cuando pensaba que estaba frente a la ocasión en la que podía regocijarse con tales lujos, luego se le vino a la mente por un segundo su vecino de la suite adjunta—. A veces envidio a la gente que puede costearse una vida tan opulenta. En fin, supongo que el gasto extra de disfrutar de los placeres de una noche en una suite de lujo en un hotel de Jerusalén no me va a hacer ni más rica ni más pobre.

Decidida su estancia en la suite Deyanira sacó de su maleta una playera de tirantes y unos pantaloncillos sueltos de pijama. Se lavó los dientes, se quitó la gorra y la pañoleta y echó un brinco a la cama. Con el control remoto encendió el televisor y tomó el teléfono pidiendo a la operadora una conferencia de larga distancia a México. Para ella eran las diez de la noche, para Valeria serían las dos de la tarde, indudablemente estaba en el trabajo.

—¡Hola, corazón! —exclamó Valeria efusiva después de escucharle decir a la operadora que era una llamada desde Jerusalén.

—¿Qué hay, Val? ¿Cómo estás?

—Igual que siempre, amiga. ¿Y tú? ¿Cómo te fue en tu cita? ¿Quién era el mentado HD? ¿Alguien conocido? Cuéntamelo todo, me muero por saber —su voz sonaba igual que si estuviera enfrascada en una discusión laboral, pero al escuchar la voz de su amiga en la bocina prestó toda su atención a ella.

—Tranquila. No me agobies con tantas preguntas que no puedo responderte ni una sola.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque simple y sencillamente no me encontré con nadie.

—¿Pero cómo es eso? ¿Qué no llegaste a la hora acordada?

Aunque por teléfono se escuchaba muy propia, era evidente que del otro lado de la línea había un rostro que se estaba mofando de ella.

—Claro que llegué a la hora acordada, Val, pero no había nadie. Jamás se presentó nadie a la cita. Prohibido burlarse.

—No me estoy burlando, amiga.

—Por supuesto que lo estás haciendo, pero entérate que no me importa que lo hagas.

—¿Sabes? Te agradezco mucho que no me hayas permitido ir contigo porque me hubiera gastado una fortuna sin sentido. ¿Dónde estás?

—En un hotel de Jerusalén. Estoy dispuesta a dormirme. Aquí son las diez de la noche.

—¿Las diez? ¿Y de cuándo acá estás acostada a las diez de la noche? ¿Qué no hay nada que hacer en ese remoto país?

—Pues... no, en realidad no.

—Levántate de la cama y búscate un bar, Dey, encuentra alguien con quien platicar y aventúrate un rato. No está por demás saber cómo tienen sexo los israelíes, ¿o qué? ¿Allá no hay bares? ¿O lo que no hay son hombres?

Deyanira sonrió de su propuesta.

—No lo sé, Val, y no me interesa averiguarlo. Y si quisiera aventurarme un rato con alguien lo único que tendría que hacer es cruzar el pasillo y meterme a la suite de enfrente.

Valeria soltó una carcajada.

—Con que el de enfrente, ¿eh? No pierdes el tiempo, amiga.

—Parece que no me conoces.

—Porque te conozco perfectamente te estoy incitando a que lo hagas, Dey. Ya que no quieres entablar relaciones con ningún mexicano entonces consíguete a alguien de por allá. ¿Cómo es él? Pláticame —inquirió emocionada—. Me muero por saber qué tiene el tipo para que hayas puesto los ojos en él. Mira que debe ser especial para que me estés diciendo algo de semejante magnitud como irte a meter a su cama.

—Jamás dije que me metería a su cama.

—Sí lo hiciste.

—Sólo dije que si quisiera aventurarme con alguien nada más tendría que cruzar el pasillo, jamás dije que lo haría.

—El que siquiera lo hayas pensado lo hace un chico especial. ¿Cómo es? Descríbemelo. Descríbemelo, por favor —le suplicó.

—Bueno, es alto —comenzó a seguirle el juego a su amiga—, atractivo...

—¿Sólo atractivo? —inquirió interrumpiéndola.

—De acuerdo. Muy, muy atractivo.

—Debe serlo.

—Tiene unos ojos negros preciosos y un porte que ha de hacer voltear a muchas chicas. No creo que un tipo como él esté vacante. Además, ¿qué estoy diciendo, Val? Estoy del otro lado del planeta. No voy a entablar relaciones con alguien que vive a cinco mil kilómetros de donde yo vivo.

—Nunca dije que entablaras relaciones, amiga. Por si no lo entendiste sólo te propuse tener sexo. Tener sexo una sola noche, o dos quizá, el tiempo que estés ahí. Vaya, sería algo que recordarías toda tu vida.

—No me importa tener ese tipo de recuerdos. No van conmigo.

—Ja, pues no sabes de lo que te pierdes. Te diré lo que debes hacer ya que tu cita con el mentecato de HD resultó fallida. Si estás en harapos vuélvete a vestir, consíguete una botella de tequila, ve a tocar la puerta de tu vecino con una excusa boba y ya no salgas de su cuarto hasta que amanezca.

Dey no pudo evitar reírse.

—De acuerdo. Lo haré —mencionó siguiéndole la corriente para quitársela de encima.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé, apenas crucé unas palabras con él.

—¿Regresarás a México mañana?

—No lo creo. Me quedaré unos días ya que estoy aquí. Déjame siquiera conocer Jerusalén para no sentirme tan miserable.

—Mañana espero tu llamada entonces. Y, Dey, ¿quiero saber cómo se llama? Sin excusas. No te quito más tiempo para que empieces a planear una idea para meterte en su cuarto.

—Sí, claro. Cúidate.

—Tú más que yo. Y que pases una inolvidable noche, amiga.

Al colgar Deyanira se quedó meditando las palabras de su amiga y sonrió de que Valeria le propusiera semejante idea sabiendo lo reservada que era en ese sentido. Jamás se metería en la cama de un desconocido sólo por parecerle guapo.

Se acostó en la cama ansiando ver pronto el amanecer para poder salir de nuevo a turistear. Apagó el televisor, y antes de hacer lo mismo con la lámpara de su buró, repasó con la mirada de nuevo la habitación. Parecía imposible pasar la noche en aquella suite. Eso la arrastró a recordar sus orígenes.

Deyanira Beltrán había crecido en un orfanato de la ciudad de Hermosillo, Sonora, al cual llegó cuando tenía poco menos de dos años al morir su madre en un enfrentamiento callejero, una bala perdida le había dado en la cabeza dejándola sin vida en cuestión de segundos. Al no tener un padre, ni ningún otro parentesco con nadie más, un juez de lo familiar optó por colocarla en un orfanato. Carmen García, la directora del orfanato, se había encariñado mucho con ella desde su ingreso.

Una vez que se estableció ahí los años empezaron a transcurrir, y desgraciada o agraciadamente, no hubo quien la adoptase, pero en el orfanato vivió una infancia muy placentera. Desde que recordaba, Carmen siempre sostuvo que la pequeña Deyanira era “especial”, aunque un tanto precoz. Gracias a sus destacadas notas terminó ahí la primaria y la secundaria y consiguió terminar la preparatoria en la ciudad de México con una beca completa para después ingresar en la Universidad Iberoamericana con el cincuenta por ciento de otra. Fue por esta misma razón por la que Georgina Del Villar puso sus ojos en ella, el rumbo e interés de ambas era el mismo: la Historia, y las capacidades de Deyanira, a pesar de que podía ser su hija, superaban por mucho a las de la periodista. Para esas fechas, y después de trece años de haber conocido a Georgina,

Deyanira ya la consideraba como lo más cercano a una madre que ella podía tener. Siempre había pensado que a pesar de no haber tenido una, la vida había sabido suplir el cariño de una madre de buena manera, en Hermosillo con Carmen, que siempre la había protegido, apoyado y favorecido, y justo cuando cursaba al último grado de preparatoria conoció a Gina, y fue tal el aprecio e interés que le prodigó, que gracias a ella había logrado entrar a la Universidad Iberoamericana sufragando el otro cincuenta por ciento que no incluía la beca para poder estudiar. Sin su ayuda, Deyanira jamás habría podido asistir a una universidad tan costosa.

Hoy en día, y cuando su trabajo y sus múltiples ocupaciones se lo permitían, Dey se daba el tiempo de visitar por unos días el lugar donde había dejado su infancia. Le encantaba visitar y convivir con los niños huérfanos, revivía en ellos su propia historia, y así había visto pasar por el orfanato a muchos pequeños, a algunos los había visto partir, a otros simplemente ya no los encontraba cuando volvía en las siguientes vacaciones.

A pesar de que Dey siempre miró con buenos ojos el trabajar en un orfanato nunca le pasó por la mente dedicarse a ello. Consagrar la vida al cuidado de niños desamparados sonaba a una labor humanitaria muy generosa, pero conocía perfectamente el lado cruel de dicha ocupación; había que tener un corazón fuerte y resistente para no desmoronarse cuando uno de los niños con el que habías compartido y disfrutado dos o tres años de tu vida tenía que partir al ser adoptado. Siempre había admirado esa virtud en Carmen y en sus demás trabajadoras, pero para ella no era un sentimiento grato de experimentar debido a que su vida había quedado marcada por un acontecimiento que había vivido de pequeña.

Tendría once años cuando llegó al orfanato un pequeño de dos años de edad que habían encontrado abandonado en el desierto. El bebé estaba deshidratado y con quemaduras de sol, y el médico de cabecera de aquel entonces le pronosticó pocas espe-

ranzas de vida. Nunca supo si fue por lo lastimado y desvalido que lo vio, pero día con día entraba al cuarto donde una enfermera lo atendía para verificar por ella misma su estado de salud. A pesar de su corta edad de niña, Deyanira veló los sueños del bebé enfermo durante varias madrugadas hasta que caía rendida por el cansancio. Después de casi una semana de gravedad el pequeño comenzó a restablecerse, siendo ésta, la mejor recompensa para sus sacrificios. La entrega, los desvelos y los cuidados que Dey le prodigó mientras estuvo grave le hicieron florecer por Jimmy un cariño especial.

Jimmy y Dey vivieron tres años juntos en el orfanato, y de entre todos los niños, él fue siempre su consentido, pero cuando Jimmy cumplió los cinco años lo adoptó una familia adinerada de Tijuana B.C., y se lo llevaron a vivir lejos. Separarse de él fue un golpe tan terrible que se juró a sí misma no volverse a encariñar de ninguna manera con otro niño.

Después de que dejó el orfanato, Jimmy y Dey sólo se vieron en tiempo de vacaciones cuando él conseguía permiso de sus padres para ir de visita, pero unos años después Deyanira se trasladó a la ciudad de México a estudiar la preparatoria, entonces sólo se vieron ocasionalmente cuando coincidían en Hermosillo. Para estas fechas Jimmy ya tenía alrededor de diecinueve años, y aunque se veían muy esporádicamente, los años que habían vivido juntos de pequeños habían concebido unos lazos fraternos muy sólidos. Ambos se querían de la misma forma que se quiere a un hermano.

Pensando en Jimmy, Dey se quedó dormida.



Iban a dar las siete de la mañana en el reloj que estaba postrado en el buró de al lado de la cama cuando Dey abrió los ojos. Después de permanecer unos minutos recostada mientras se despabilaba tomó un baño de burbujas en el jacuzzi, era la única oportunidad

que tendría de utilizarlo ya que no podría darse el lujo de pagar una noche más en esa suite. Una hora después ya estaba frente al tocador dándose una manita de gato luego de vestirse. Había amanecido de buen humor y estaba lista para emprender un nuevo recorrido por Jerusalén, planeaba visitar varios sitios turísticos después de desayunar.

De uno de los sillones de la sala agarró su mochila que usaba a manera de bolsa, y por último, antes de salir, se dirigió al buró para tomar sus pulseras y un par de anillos que siempre se quitaba por las noches, pero antes de hacerlo se paralizó.

Un nuevo pergamino estaba postrado al lado de sus pertenencias. Dey lo miró asustada, inmóvil. Ese pergamino no estaba ahí al despertar cuando había volteado a ver el reloj. Casi sintió pánico al pensar que alguien hubiese podido entrar a la suite mientras se bañaba. ¿Y si ese alguien todavía estaba allí?

La adrenalina le subió como espuma y sus movimientos se tornaron sigilosos. Primero revisó con la mirada a su alrededor, luego, paso a paso, avanzó hasta el vestidor, tuvo que controlar la respiración y lo pensó tres veces antes de abrir de un tirón las puertas de los closets, con la misma cautela inspeccionó el baño, los rincones de la sala, detrás de los sillones, debajo de la cama y el balcón. Nada, nada ni nadie.

Convencida completamente de que estaba sola en la habitación volvió a su buró. Era el mismo portadocumentos, el mismo sello al cuño el que lo sellaba, el mismo tipo de letra y las mismas iniciales las que lo firmaban, pero el mensaje era distinto, éste traía anotada una dirección de la ciudad de Hebrón con fecha para estar ese mismo día a las cinco de la tarde.

Deyanira se sentó en el filo de la cama y trató de analizar la situación con la mayor calma posible. Volvió a releer el mensaje un par de veces, y al final se preguntó en voz baja:

—¿Qué hago?

El caso no dejaba de ser interesante y eso la seducía a conti-

nuar, incluso ahora más que al principio, pero su fascinación venía acompañada por una pátina de reticencia.

—De acuerdo —continuó hablando consigo misma—. Voy a seguir el juego, pero esta vez tendré que tomar mis precauciones.

* * *